de 1767 en adelante a los pueblos de indios ante el avance y ampliación de las haciendas.

En la sección a cargo de Marta Eugenia García Ugalte, titulada "La integración Política del Estado de Querétaro: La lucha por el agua y la tierra, siglo XIX", encontramos una visión muy bien documentada acerca de los problemas que enfrentó Querétaro en su búsqueda de integración política después de la lucha de Independencia, sobre todo ante la negativa a constituirse como un estado más de la nueva República, basada en el hecho de que durante la lucha, Querétaro se había convertido en un bastión de los españoles. Señala asimismo, con agudeza, cómo durante el Porfiriato las haciendas (con el interés de aumentar su productividad) buscaron reintegrar a sus propiedades las tierras y aguas que habían perdido durante los años de las reformas liberales. Los conflictos por tierras y aguas fueron constantes, de tal modo que las haciendas en muchas ocasiones destruyeron vidas y comunidades indígenas.

Por otra parte, Ramón del Llano Ibañes afirma que el siglo XIX es el siglo de la hacienda y de las grandes y violentas rebeliones; ya sea por recuperar la tierra, por hacer valer una autoridad o por defender una religión. En este contexto analiza las pugnas y los conflictos que originó la transformación de la tierra entre 1856 y 1872, a través de una revisión de las rebeliones sucesivas por recuperar la propiedad comunal de manos de las haciendas. Máxime que con las leyes de desamortización ese tipo de propiedad pasó a ser ilegal.

Durante el Porfiriato la instauración de la paz en el país se convirtió en una necesidad impostergable. El número de gavillas exigía la toma de medidas fuertes; como el otorgamiento de autoridad a los hacendados para que por su propia mano, con apoyos militares y legales, persiguieran y exterminaran a esas bandas dentro de sus propiedades, o el aumentar el presupuesto de la policía rural.

El proyecto social, político y económico que Díaz se proponía poner en práctica en el país tuvo un eco favorable en Querétaro. Los hombres que estuvieron a la cabeza del gobierno local fueron claros portavoces del mismo. El progreso tan ansiado no tardó en manifestarse en la región; llama la atención el impacto que tuvo la entrada del ferrocarril, tanto en el aspecto económico como en el social y sobresale la resistencia y el repudio que algunas comunidades mostraron ante la construcción de vías y posterior tránsito del tren por sus pueblos.

Juan José Gutiérrez Álvarez nos ofrece una imagen de la estructura poblacional de Querétaro en los años inmediatos al Porfiriato. Distingue tres segmentos: el grupo indígena, el mestizo y

el español-americano. Nos habla de las luchas que este último sector sustentó por resguardar sus bastiones de poder y de autoridad en contra del grupo de los mestizos y apunta cómo el acceso a las diferentes categorías sociales lo daba no tanto el elemento racial como el económico.

Finalmente, se hace un estudio minucioso de la situación de las haciendas en cuanto a producción, recursos, relaciones comerciales, formas de trabajo y cotidianidad de hacendados y trabajadores; resaltando los procesos de trabajo y los mecanismos para la reproducción de la fuerza laboral de las haciendas, sin descuidar la importancia de las amplias redes familiares y de poder como escenario de la actuación de los propietarios de las fincas.

No cabe duda de que esta investigación colectiva constituye una aportación a la historia de nuestro país. Sus fuentes documentales demuestran una profusa investigación de archivo; no sólo del Archivo General de la Nación, sino también del Histórico del Estado, Histórico Municipal, de la Reforma Agraria, Municipal de San Juan del Río, Municipal de Cadereyta y de Haciendas del Estado de Querétaro. Los trabajos aquí reunidos constituyen una obra de referencia necesaria para los estudiosos del siglo XIX.

Luz María Alvarado Zamora

137

CARMEN CASTAÑEDA

ÉLITE, CLASES SOCIALES Y REBELIÓN EN GUADALAJARA Y JALISCO, SIGLOS XVIII Y XIX*

El trabajo que reseñamos se inscribe en la ya rica tradición de estudios de historia regional que tanto ha contribuido a transformar la historiografía sobre el desarrollo de México, evitando las simplificaciones excesivas y obligando a un esfuerzo más profundo y cauteloso en los intentos por alcanzar una interpretación global.

*Carmen Castañeda, *Élite, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglos XVIII y XIX*. El Colegio de Jalisco Gobierno de Jalisco, Guadalajara, Jal., 1988. 130 pp.

Es también un aporte significativo al debate sobre la formación de las clases en México y, aunque los autores no se lo proponen aún en este punto de su investigación, sobre su papel en la constitución del Estado nacional en nuestro país.

Del carácter colectivo y de la concepción que los propios autores poseen acerca de sus trabajos como avances provisionales de proyectos de investigación más amplios, se desprenden muchas de las ventajas y las limitaciones del conjunto. Entre las primeras es preciso apuntar la variedad de enfoques y de aspectos abordados, así como la cercanía a las fuentes primarias de la investigación: ella permite a los autores arribar a conclusiones precisas y verosímiles, y al lector seguir paso a paso el curso de la argumentación y aceptarlas o disentir de ellas con un cierto conocimiento de causa.

Las principales limitaciones del trabajo son las propias de toda recopilación de investigaciones aún inacabadas. Los artículos abordan problemas diversos y lo hacen en niveles y momentos históricos distintos. Resulta muy difícil acceder, a partir de ellos, a una visión de conjunto sobre la formación y la dinámica de las clases sociales en el estado. El estudio sobre las élites que abre la obra difícilmente puede vincularse al análisis de las revueltas rurales que la concluye, tanto por el hecho de que uno termina precisamente en el momento en que el otro se inicia (la década de 1820), como porque no existen en el trabajo (ni pueden existir, dado su carácter) los vínculos analíticos necesarios para pensar la dinámica de las clases como un proceso global.

La presentación de los artículos, a cargo de Jorge Alonso, intenta aportar algunos de esos enlaces teóricos necesarios al inquirir acerca de las herramientas conceptuales que permitirían pensar las clases sociales sin desconocer rasgos que éstas derivan de circunstancias ajenas o por lo menos distantes a la propiedad de los medios de producción. Ello es particularmente pertinente en una sociedad que, como la jalisciense del siglo XIX, está lejos de poder ser definida de acuerdo a alguna de las conceptualizaciones abstractas elaboradas por la ciencia social. A partir de conceptos como etnia, estamento y élite, y de la aceptación de que la teoría marxista de las clases puede ser complementada con la visión weberiana e incluso paretiana de los grupos sociales, la comprensión de una realidad compleja como la que se aborda se vuelve asequible, y su interpretación se enriquece.

El artículo de Carmen Castañeda, titulado "La formación de la élite en Guadalajara, 1792-1821", nos abre al complejo mundo de circunstancias en el que esa élite se configuró en las postrimerías del orden colonial. Su autora se propone indagar, por una parte, las relaciones entre universidad y sociedad o, de otro modo, la medida en que la élite intelectual se reclutaba entre las clases económicamente pudientes; y por otra, la posible vinculación entre clases sociales y élites políticas, es decir, el grado de correlación existente entre los grupos poseedores de los recursos económi-

cos y aquéllos que concentraban simultáneamente "el poder, la riqueza y el honor" (p. 39).

Para ello estudia la posición económica y social de los individuos que obtuvieron un grado académico por parte de la Real Universidad de Guadalajara entre 1793 y 1821 y la de sus padrinos, enlace privilegiado por un orden social profundamente jerárquico a través del cual se facilitaba el ingreso al reducido círculo de quienes a más de poseer la riqueza ejercían el poder. Este primer trabajo, producto de una investigación amplia y de un enfoque nada simplista, nos deja sólo un leve reparo: cuando la autora constata que "los padrinos no sólo controlaban la agricultura, la ganadería, el comercio, el gobierno municipal y el gobierno eclesiástico sino que monopolizaban la vida académica de Guadalajara" (p. 38), ¿no comete el error lógico de confundir la causa con el efecto? ¿No será que los aspirantes universitarios buscaban a sus padrinos entre los miembros de la élite y no, como parece sugerir Castañeda, que éstos monopolizaban, además del poder económico y político, las esferas estrictamente académicas?

Los siguientes dos artículos, escritos por Rodney D. Anderson, son sumamente interesantes y polémicos. Basado en dos censos de población levantados en 1821 por los funcionarios municipales, intenta mostrar la correlación existente entre clase, ocupación y raza en la ciudad de Guadalajara en el momento de la independencia nacional. En el primero se ocupa de algunas consideraciones teóricas relevantes en el debate sobre la materia. Luego de externar su intención de adoptar un enfoque marxista en el análisis histórico de las clases y de afirmar que para ello no considera necesario haber leído *Das kapital* en su idioma original (en lo cual tiene sin saberlo razón, pues quien haya leído *El capital* en cualquier idioma sabe que no se encuentra en él ninguna teoría de las clases sociales), el autor plantea la importante cuestión de qué debe prevalecer en la interpretación de los grupos sociales, la concepción que éstos tienen de sí mismos (y que eventualmente puede estar sancionada por la ley) o el lugar que objetivamente ocupan en el proceso de reproducción social: raza (estamento, división jerárquica de la sociedad) o clase social. Resuelve que en la misma medida en que no es posible pensar que feudalismo (concepto al que reduce las formas que definen a las sociedades precapitalistas) y capitalismo se excluyen mutuamente, no puede pretenderse que los grupos sociales se determinen por solo uno de sus rasgos característicos: "El problema es entonces no la clase vs la raza o la etnia sino cómo los dos se influyen mutuamente" (p. 67).

En seguida (y a lo largo del segundo artículo) el autor se ocupa de documentar su hipótesis de que, en general, "el factor más visible de segregación (entre grupos sociales) era económico y

no racial" (p. 69), es decir, que a pesar de su compleja e insoluble interrelación, la clase empe- zaba a prevalecer sobre la raza en la sociedad recién liberada del nexo colonial. La argumen- tación resulta convincente sobre todo en la medi- da en que describe las condiciones de disolución que experimenta la estructura precapitalista en la ciudad. La creciente concentración de la pro- piedad posibilitada por la expansión del crédito, el monopolio progresivo del abasto de alimentos en el mercado urbano, la descalificación de la ma- no de obra y la proliferación de formas de traba- jo domiciliario configuran, en efecto, un cuadro general en el que los factores económicos adque- ren un mayor peso en la organización social. Pe- ro si la lectura de *El capital* hubiera servido de poco al autor en su esfuerzo por rastrear la for- mación de las clases sociales, sí le hubiera sido útil para saber que las condiciones que mencio- namos antes constituyen en conjunto lo que Marx denominó "subsunción formal" de un modo de producción precapitalista bajo un capital aún en ciernes (y que apenas se desenvuelve como ca- pital comercial), y que está muy lejos de dejarse definir como "capitalismo" ("las evidencias abun- dan de que el capitalismo ya había llegado a la ciudad con anterioridad a 1821", p. 67), mucho menos como "capitalismo industrial" (p. 68).

El artículo que cierra esta recopilación abor- da una problemática algo distinta: la de las rebel- liones rurales en Jalisco entre 1824 y 1885. Su autora, Dawn Fogle Deaton, se suma a un número ya considerable de historiadores que intentan es- tablecer los patrones que históricamente han se- guido los movimientos sociales en el campo (y cuyo fruto más actual es la compilación realiza- da por Friedrich Katz: *Riot, Rebellion and Re- volution*, Princeton University Press, 1889, recientemente traducida al español). Con ese fin, realiza una tipificación de las diversas zonas que componen el Estado de Jalisco, localiza en ellas las veintisiete rebeliones que tuvieron lugar en el periodo e intenta relacionarlas con los fenómenos comúnmente aducidos como causa de los levanta- mientos campesinos. La autora concluye que no existe una explicación a partir de la cual pue- da darse cuenta del fenómeno estudiado, y que muy probablemente las rebeliones en el Estado hayan sido consecuencia, en medida distinta se- gún las circunstancias peculiares de cada caso, de los cambios en la tenencia de la tierra y su cre- ciente comercialización, así como de la inestabi- lidad política prevaleciente en la época a nivel regional y nacional. Considera asimismo que las rebeliones aparecen más frecuentes ahí donde la cohesión étnica de los pueblos no ha sido violen- tada por el mestizaje, posición que enfrenta una vertiente importante de la historiografía sobre la revuelta rural en América Latina.

Un comentario final sobre la publicación: co- mo quizá pudo apreciarse a lo largo de la rese- ña, ninguno de los artículos, ni la suma de ellos, abarcan por completo los siglos XVIII y XIX anun- ciados en el título. Considerados en conjunto, van de los últimos años del siglo XVIII a los primeros del régimen porfirista, a lo sumo. Acaso el asu- mir estos límites cronológicos no sea una exigen- cia meramente formal: permitiría proponer una unidad problemática, constituida por el hecho de que quizá el período comprendido coincida en mu- chos sentidos con los años de formación de las clases sociales y del Estado nacional que carac- terizarán al México moderno, proceso que proba- blemente arranque de las postrimerías del orden colonial y alcance su consolidación durante el por- firiato.

Sandra Kuntz Ficker

139

HORACIO CERUTTI GULDBERG (COMPILADOR)

MODERNIZACIÓN EDUCATIVA Y UNIVERSIDAD EN AMÉRICA LATINA *

Este libro es el segundo de una interesan- te colección denominada "Universidades en América", que como su nombre lo indica, estará centrada en el análisis de la realidad universita- ria en América Latina. El primer volumen, que por razones inesperadas se ha retrasado en su pu- blicación, estará referido básicamente a la univer- sidad centroamericana. Desde el Colegio de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Fi- losofía y Letras de la UNAM, el Dr. Horacio Ce- rutti Gulberg se dio a la tarea de hacer una recopilación de reflexiones acerca de la relación entre los procesos de modernización y las univer- sidades latinoamericanas.

Hay que señalar que se trata de "un conjunto de trabajos que abarcan, desde diversas perspec- tivas, diferentes aspectos de la vida universitaria latinoamericana. Su reunión en un volumen quiere

*Horacio Cerutti Gulberg (Comp.), *Modernización Educativa y Universidad en América Latina*. Editorial Magna Terra Editores y Friedrich Hebert Stistung; Méxi- co, 1990. 206 pp.